



Los
pecados de
Inés de
Hinojosa

Próspero
Morales
Pradilla

PLAZA & JANES

P & J

EXITOS

EL SIGNO TRÁGICO DE LA PASIÓN

Annotation

La cautivante historia de Inés de Hinojosa, una mestiza llegada del Cabo de la Vela quien, seguramente, habrá sido la primera mujer condenada en el Nuevo Reino a morir en el patíbulo, y cuyo único pecado quizá fue el de ser demasiado bella y auténtica como para ser aceptada por la mojigatería tanto de la iglesia como de la Real Audiencia, que vieron en ella transfigurados de una forma increíble, la rebeldía propia de los 'indios' y la voluptuosidad arraigada a las costumbres españolas.

PRÓSPERO MORALES PRADILLA

Los pecados de Inés de Hinojosa

PLAZA & JANES EDITORES,

Sinopsis

La cautivante historia de Inés de Hinojosa, una mestiza llegada del Cabo de la Vela quien, seguramente, habrá sido la primera mujer condenada en el Nuevo Reino a morir en el patíbulo, y cuyo único pecado quizá fue el de ser demasiado bella y auténtica como para ser aceptada por la mojigatería tanto de la iglesia como de la Real Audiencia, que vieron en ella transfigurados de una forma increíble, la rebeldía propia de los 'indios' y la voluptuosidad arraigada a las costumbres españolas.

Autor: Morales Pradilla, Próspero
©1986, PLAZA & JANES EDITORES,
ISBN: 9788401322679
Generado con: QualityEbook v0.87
Generado por: Silicon, 07/03/2019

Pr³spero Morales Pradilla

Los pecados de Inés de Hinojosa

© 1986, 1989 Próspero Morales Padilla

Editado por PLAZA & JANES EDITORES, S. A.

ISBN; 84-01-32267-7

Depósito Legal: B. 265 – 1989

*Al letrado español que llega a
América, no se le pasa por la
imaginación escribir una novela.*

HERNANDO TELLEZ

Primera parte

EL BAILARÍN



SIN SABER que el destino produciría graves historias en estas tierras descubiertas por Cristóbal Colón, la pesada puerta del aposento se cerró tras los recién casados. Habían recibido la bendición como corresponde a cristianos cuya fe viene de España para multiplicarse en el Nuevo Mundo, junto con los pobladores que están naciendo y habrán de nacer.

En el aposento esterado, Inés de Hinojosa vio una amplia cama de madera oscura, baldaquino verde y sábanas blancas, templadas sobre un colchón donde podría iniciarse la noche de bodas. Inés miró a Pedro de Ávila, su marido, y se sintió dispuesta a entregarle el cuerpo. Las amigas casadas le contaron cómo en la noche de bodas se hacían descubrimientos capaces de estremecer a las mujeres que esperan el momento de ser asaltadas por el hombre para sentir la plenitud.

Mientras Pedro de Avila daba vueltas en torno de la cama buscando la novia perdida durante la borrachera, Inés vio las sábanas templadas y las almohadas intactas. Dejó caer su blanco traje de raso esperando la culminación porque desde hacía mucho tiempo imaginaba paso a paso, pulso a pulso, momento a momento, cómo sería la entrega al hombre deseado.

Inés de Hinojosa comenzó a reflexionar sobre su propia vida. Lo de atrás, el pasado, le servía para la hora del encuentro, del gran encuentro. No podría hacer nada con tanta ropa. Mejor estar desnuda y tener el cuerpo tibio, palpitante, dispuesto. Pensó cómo se le acercaría el hombre, la tomaría sin precipitaciones, la besaría desde la frente pasando por la boca al cuello, a los pezones; luego le acariciaría la espalda, los senos, el vientre. Se sintió húmeda, es-

taba húmeda, porque todo cuanto pensaba se le arremolinaba en el sexo y consideraba, como antes en sus sueños, que ya podría llegar la satisfacción. Pero continuaba vestida y conservaba el ajustador apretado, la túnica de algodón, las enaguas blancas, las enaguas rojas, y, en los pies, los escarpines bordados.

Pedro, girando alrededor de la cama, seguía ajeno a todo cuanto pasaba en el aposento, colocando sus manos sobre las sábanas blancas, acercando el cuello y la cara a esas sábanas como si fuera a devolver cuanto le crujía en los intestinos, donde el licor mezclado con las viandas ingeridas con motivo de sus bodas le atropellaba la digestión y casi lo obligaba a vomitar. Pedro no estaba consciente del gran momento de Inés. Para él aquello era como un inmenso lago, un extraño lago, de donde salían escenas del pasado. Aparecía el niño que andaba por Carora antes de hablarse del tirano Aguirre y también el adolescente deseoso de las muchachitas del pueblo. Pero tanto comer y beber le tenía revueltos el estómago y la cabeza, no sabía si las viandas formaban parte de su vida o las ideas formaban parte de su estómago. Era la gran revolución, por eso giraba en torno de la cama y la agarraba para evitar la fuga de lo único que conservaba del mundo: una cama de sábanas blancas, una gran blancura. Pedro cayó de bruces sobre la cama como un muerto.

Inés se tendió boca arriba después de quitarse los escarpines. En el techo, habían grandes troncos que parecían sostener el cielorraso. Los miró, la fiebre le llegó a todas partes, especialmente le acaloró los senos y bajó al pubis donde se transformó en dolor, Pero no era un gran dolor, era un dolor pequeño y controvertible, un dolor que se podría apagar si Pedro no estuviese de bruces sobre la cama.

Inés se reincorporó y sintió la carne cimbreante. Se quitó la pequeña túnica y se sentó, de espaldas al bulto humano que yacía sobre las sábanas. Luego, con las manos como si no fueran suyas, como si fueran de un ser recién lle-

gado a su aposento para ayudarla a desvestirse, afloj3 el ajustador y surgieron los dos senos tersos, redondos, tibios, con pezones trigueños y duros. Las enaguas eran, realmente, blancas a pesar de que las mujeres daban, con sus propios humores, color amarillento a las primeras enaguas, dejando el rojo para las segundas. Despojada de unas y otras, Inés mir3 sus amplios calzones, abiertos a los lados y confeccionados en forma de poder soltar la parte delantera o la trasera seg3n las necesidades y conveniencias de cada ocasi3n. Esas partes se sostenían por medio de cintas cosidas a las mismas, anudadas sobre el vientre y sobre la cintura. Inés pens3 en que una tarde vio a Juanita con las cintas de la parte delantera salidas bajo las enaguas, como si no hubiera podido anudárselas. Eran tiempos pasados cuando aún vivía el tirano Aguirre y las gentes de Tierra Firme lo padecían sin estar seguras de que el rey de España lograra derrotarlo.

Con los calzones como única ropa, Inés volvi3 a acostarse disponiéndose a atender, de alguna manera, a Pedro de Avila quien ya comenzaba a roncar, saliendo de un sopor vecino de la muerte. All3, tal como estaba, Inés le hacía justicia a su fama de criolla hermosa, dueña de esa larga cabellera que fruncía a los mozos cuando ella la tomaba entre sus manos para conversar, mientras el rostro ovalado, la nariz casi perfecta, los ojos vivaces y una voz grave los enardecía, indicando c3mo don Fernando de Hinojosa logr3 una buena mezcla cuando hizo suya a la madre indígena de esta mestiza, que tenía el cuerpo huidizo de los indios y la mirada arrogante de los españoles.

En parte para aliviarse y tambi3n para cumplir con el precepto de "desvestir al marido", Inés se desliz3 al suelo, le quit3 a Pedro los zapatos, lo tendi3 sobre la cama y comenz3 a aflojarle los pantalones sujetos arriba de la rodilla. Primero con suavidad y, luego, con impaciencia, se los baj3 y retir3 las largas calzas negras, así como tambi3n unos calzoncillos de hilo, dejando a la vista el miembro viril, que

apenas era un pene flácido rodeado de vello. Tuvo la intención de tocarlo pero le resultaba incómodo. Inés prefirió quitarle el jubón, el cuello y los puños de encaje, ponerlo bajo la sábana junto a ella como si ya hubiera sucedido lo imaginado y fuese posible dormir en compañía de un roncadador que había perdido, en media hora, los encantos del noviazgo, cuando ambos se prometieron llegar al paraíso de noche, tumbarse en una tierra aromática como los bálsamos de Carora e iniciar la nueva vida con un beso que sólo terminara cerca de la muerte.

A pesar de ser casi un cadáver, Pedro de Avila estaba tibio, quizá debido al alcohol ingerido y al dulce clima del Portillo de Carora, donde se obtenían resinas para perfumar la corte de Felipe II. Las piernas de Inés y las de Pedro se rozaron bajo las sábanas sintiendo ella la tibieza del marido y algo parecido al calor cuando su rodilla derecha subió por la pierna izquierda de Pedro hasta una zona blanda, picante, que se le conectó a todo el cuerpo, aumentando el ritmo del corazón como si, en-vez de estar acostada, hubiera corrido hacia la cima de una montaña perseguida por los indios. Agarró una mano de Pedro y se la colocó sobre los senos intensificando las sensaciones. Su marido se movió sin despertarse, sin abrir los ojos y todavía resoplando dentro de un sueño pesado. Inés retiró la mano de Pedro,ladeó su cuerpo hacia el del hombre, puso una pierna de éste entre las suyas, restregándose luego la vulva hasta estremecerse como le habían dicho las amigas casadas, pero sin ningún elemento distinto al de las noches comunes cuando tenía la ilusión de ser poseída y de abrir todo lo suyo para que la estrenara un hombre, quizá igual a los otros pero señalado desde el comienzo de los tiempos, antes de que las primeras criaturas aparecieran sobre la lava de los volcanes, porque aún en el Nuevo Mundo, donde se había roto el equilibrio de la tierra, los viejos mitos de la cristianidad subsistían en el ánimo de los creyentes para enfrentarlos a las miles de tribus aparecidas entre los arbustos, las

piedras y las alturas de un inmenso territorio desconocido. La mujer, para Inés de Hinojosa, era propiedad de un hombre predestinado cuando él y día, sometidos al imperio de la iglesia católica, se juraban, como acababan de hacerlo en el Templo de Carora, amor para siempre, incluyendo esta noche de bodas que le estaban robando. Su desnudez y su pasión no servían para nada frente a un hombre yerto, incapaz de acompañarla adentro, donde ella sentía el dolor de lo insatisfecho, donde el marido tenía la obligación de llegar para que las bendiciones continuaran en la prole.

En torno al aposento de Pedro e Inés se impuso el silencio de la madrugada, cuando duermen todos los seres del Nuevo Mundo desde los vegetales hasta las fieras, sin que nadie sepa el color del cielo, pero intuyéndolo negro con algunas estrellas rodeando el centro del universo. A esta hora sólo se mueven las olas del mar, lejos del Portillo de Carora, muchos de cuyos habitantes apenas lo han conocido en el relato de conquistadores, aventureros y mujeres de hazaña, que siempre exageran las dimensiones de todo, inclusive las del agua. Ni siquiera Inés producía algún ruido, de verdad, porque la habían educado para ocultarlos y, en esta odiosa noche, se tapaba la boca para no llorar ni maldecir. Sin embargo, algo sonaba: los ronquidos de un imperio donde nunca se ponía el sol y donde Pedro de Ávila, el potentado de Caroca, acababa de desposar una mujer hermosa y rica, venida de Nueva Segovia. Pedro de Avila era hombre probado en las noches de amor y, varias veces, había ganado una mujer en las casas de juego, sitios con cuatro paredes negruzcas, piso de tierra y techo de paja, donde los jugadores de la región echaban los dados para cambiar de fortuna, de hembra y de enemigos. Por eso, prefirió llenarse de vino durante

Los pecados de Inés de Hinojosa el día de la boda y olvidarse de ésta en la noche sin que, por ello, pudiera sufrir desmedro su bien ganada fama de macho a la usanza

de la época, cuando las mujeres formaban parte del azar y el azar imperaba sobre la vida de los hombres.

Cansada de esperar con el cuerpo tenso, pero vencido, a Inés le pareció entrar a un bosque rodeado de abismos, en uno de los cuales cayó olvidando la ira mientras afuera, en los árboles, en el musgo, en las tinieblas, la gran noche del Siglo XVI, profunda aún en aquel rincón de la Gobernación de Venezuela, se adueñó de los tres reinos de la naturaleza para que nada, ni nadie, se moviera antes de apuntar el sol, cuando se pierde la humedad, hora tras hora acumulada en una tierra de plantas silvestres, desprovista de huellas y de historia.

A Pedro de Avila lo despertó la luz de la ventana abierta y un olor de alcoba desconocida, como si algo nuevo se hubiera unido a su cuerpo para producir una atmósfera distinta a la suya, pero con ingredientes propios. Se rascó la cabeza y pasó las manos sobre los ojos, ayudándolos a abrirse. Trató de incorporarse, pero estaba anudado a unas piernas, se desprendió de ellas para tomar conciencia de su situación, evocando la figura del fraile que, con los brazos extendidos hacia su rostro, lo miraba intensamente musitando unas palabras entrecortadas, mientras a su lado estaba Inés de Hiño— josa, pálida y bella, con los ojos bajos y en silencio. No recordaba nada más, pero, levantando la sábana arrugada, vio una mujer dormida a su lado, cuyas piernas lo tenían prisionero. Pedro le acarició los muslos y la nuca esperando la natural reacción del sexo, pero ni siquiera le llegó una remota corriente. Continuaba dormido en la zona donde debía despertar con más vehemencia. Optó por besarla suavemente en la espalda y, luego, colocándola boca arriba, en los pezones, produciéndole cierto estremecimiento como si ya saliera del sueño y pudieran, de pronto, enfrentarse los dos cuerpos. Le midió la cintura con sus manos, extendiéndole los dedos sobre el vientre, dirigiendo los meñiques hacia el pubis, deslizándolos sobre el vello. Inés de Hinojosa palpitaba en los labios inferiores

como si la carne viviera aparte de la conciencia. Sin embargo. Pedro continuaba flojo, sin conexión entre sus manos y los órganos genitales, desprovisto de la fuerza que, hasta ayer no más, le daba deliciosas victorias en las camas de Carora. Ahora estaba ahí: inútil, vacío, menospreciable, con una mujer desnuda a su lado y él como los eunucos de "Las Mil y Una Noches", que había leído risueño y burlón cuando todo le funcionaba. Debo insistir —pensó Pedro— y atacó de nuevo: cubrió a Inés con su cuerpo, la besó en la boca, se colocó entre sus piernas y, naturalmente, la despertó. Ella no sintió las ansias de la víspera, pero se sobrecogió al verse bajo el cuerpo de un hombre. Inés logró zafarse de los brazos de Pedro, saltó de la cama, y le dijo:

—¡Así no, así no, así no!

Y, entonces, advirtió que Pedro no tenía el famoso miembro viril de los cuentos de sus amigas casadas, sino aquella cosa flácida de la víspera. Ya sin temor, casi aletargada, se sentó junto a él y murmuró:

—Mis amigas me habían dicho algo distinto...

—¿Qué?

—Pues que los hombres casados entran en el cuerpo de sus esposas con algo que tú no tienes.;

Pedro la agarró fuertemente, la acostó, y, tomándole las manos, se las colocó sobre el pene inerte. Ella trató de alejarse, sin lograrlo;

—Debes obedecer —gritó Pedro— soy tu marido.

—¿Y acaso yo lo niego? —preguntó ella—.

—Entonces, acuéstate tranquila, abre las piernas y espérame.

Inés obedeció con algunas lágrimas en las mejillas, su hermoso cuerpo mustio, palpitándole los labios en sus piernas abiertas, inútilmente abiertas, pues el hombre, el marido, no existía. Pedro se había transformado en unas manos que no producían el encanto de las caricias. Enfurecida consigo misma y con el inútil marido, dio la vuelta y quedó boca-abajo sobre la cama, mordiendo las almohadas y mo-

viéndose como si tuviese algo o alguien debajo de su cuerpo.

Pedro la agarró tratando de colocarla boca-arriba, ella se ladeó y levantando la cabeza, dijo:

—¿Qué quieres?

—¿Lo ignoras?

—¿Qué?

—Soy tu marido y voy a hacerte mía...

—¿De veras?

—Sí ¡de veras!

—¿No falta algo?

—¿Qué?

—Tú lo sabes.

Pedro sintió vergüenza. Sólo, entonces, advirtió que aún estaba vestido arriba de la cintura. Pero, al mismo tiempo, observó la desnudez de su esposa —¿era su esposa?— y recordó no haber visto una mujer tan desnuda, ni siquiera en las noches de juerga porque todo se hacía en tinieblas. La miró con ansias y con ira. Una esposa no podía estar desnuda a cualquier hora sobre la cama, debía respetar y respetarse, como lo manda la Santa Madre Iglesia para no caer en la concupiscencia.

Inés también sintió vergüenza y se envolvió en la sábana, sentándose contra la cabecera del lecho, pensando cómo los pecados pueden aparecer, en cualquier instante, empujados por el diablo, su dueño absoluto, para condenar a las criaturas del Señor, descarriadas por obra de los maleficios.

—A pesar de la sábana, estás desnuda... ¿Por qué?

—No lo sé —respondió Inés—.

—¿Quién te quitó la ropa, acaso no fuiste tú misma?

—O el diablo. De pronto sentí unas terribles corrientes en el cuerpo mientras tú dormías. Esas corrientes me quitaron todo cuanto me cubría hasta dejarme dispuesta a tus antojos, pero tú no existías.

—¿Tú me desvestiste? Y... ¿me miraste?, ¿me miraste?